

# *¿Qué es el nacionalismo?*

*Miguel Herrero de Miñón*

Real Academia de Ciencias  
Morales y Políticas

No cabe abordar en estas breves pagmas qué es la Nación. Más allá de las concepciones puramente objetivas que la identifican con la raza, la lengua, la religión o cualesquiera otros factores materiales de integración, y de las concepciones subjetivistas que la reducen a una voluntad de vivir juntos, creo que la Nación es el correlato noemático de la conciencia nacional que es su polo noético, y en cuya virtud o a cuya luz, elementos muy diversos -recuerdos y proyectos, creencias y costumbres, instituciones y recetas de **cocina**- se convierten en factores de integración, como demostrara Shaffer. Existe Nación allí donde un pueblo adquiere conciencia de su identidad y la despliega como voluntad de ser, autodefiniéndose primero, autodelimitándose después, autodeterminándose, en fin. La Nación supone el acceso a una forma superior de vida, la vida política, mediante una permanente integración: el plebiscito cotidiano.

y si la Nación es el correlato de la conciencia nacional el nacionalismo es el fermento de dicha conciencia. Y eso es lo importante, no un partido o formación política. En efecto, de las múltiples descripciones y definiciones que del nacionalismo se han dado resulta un común denominador. Se trata de un movimiento de integración política, protagonizado por una minoría, desarraigada de la cultura tradicional y que ha asumido valores «modernos», que toma conciencia de pertenecer a una comunidad diferente y que propaga esa conciencia en el seno de dicha comunidad. Cuando la conciencia nacional está suficientemente desarrollada, no hay un nacionalismo reivindicativo y políticamente articulado, sino un nacionalismo difuso aunque no menos

firme. En la India de ayer, el Congreso encarnaba el nacionalismo; hoy todas las fuerzas políticas son nacionalistas e, incluso, el partido nacionalista es rival victorioso del Congreso.

El nacionalismo tiene hoy y especialmente en España «mala prensa» y resulta políticamente correcto calificarlo de retrógado, superado y peligroso. Pero lo cierto es que, guste o no, para bien o para mal, el siglo del nacionalismo que pareció ser el pasado XIX, lo ha sido el presente XX y parece que va a serlo aun más el XXI. Lo fue el XIX cuando el nacionalismo apareció íntimamente vinculado a los movimientos liberales, especialmente en Centroeuropa, esto es, a lo que entonces era la modernización política. Lo ha sido y es durante el siglo XX porque el proceso de modernización se ha extendido a Asia y África a través de la constitución de Estados nacionales cuya solidaridad nacional sustenta un sistema político que pretende ser democrático. Y todo permite pensar que la «glorificación de las naciones» -título con el cual Helene Carriere d'Encause describe el mundo post-soviético- va a ser la característica del siglo XXI. Los Estados Unidos, Rusia, India o Japón son extremadamente nacionalistas en sus actitudes. Lo son las principales potencias europeas, como demuestra su reticencia frente a los intentos supranacionales de la UE y nacionalista parece ser el despertar de China. Por ello, cuando menos, es preciso aproximarse sin perjuicios a tan importante fenómeno histórico, y no juzgarlo por sus manifestaciones patógenas, como la violencia, la xenofobia o el imperialismo, sino por sus características sustanciales. Ahora bien, dichas características lo asocian estrechamente a la modernidad.

Qué haya de entenderse por «moderno», «modernidad» y «modernización» en política no es asunto claro y tanto menos cuanto más frecuente ha llegado a ser el uso de tales vocablos, hasta el punto de que un experto en la cuestión, Lapalombara, ha tildado de equívoco el término y ambiguo el concepto que tras él se supone subyace. Pero ciertamente que, cuando menos, parece que «moderno» se opone, en la sociología y la ciencia política postweberiana, a «tradicional». Así resulta de todas las tipologías acuñadas por la ciencia política norteamericana, heredera de Weber a través de Parsons.

Ahora bien, frente a la sociedad «tradicional», caracterizada, según decía Varagnac, por la estabilidad de las situaciones, la movilidad social aparece como lo propio de la modernidad en cuanto categoría, sea atendiendo, como hace Deutch, a indicadores demográficos y de comunicación, a la estructura económica industrial, como propone Sutton,

al grado de desarrollo, según Binder, aunque este concepto no sea, por cierto, menos ambiguo, o al laicismo, cientismo e igualitarismo de Shelley. Los grandes teóricos de la noción de desarrollo político como Almond y Coleman han utilizado todos estos indicadores para caracterizar el proceso de modernización política. De ahí que pueda decirse que la modernidad social y política es, cuando menos, concurrencia y movilidad, esto es, pluralismo, mercado y democracia.

Pero es claro que este orden por concurrencia no ha surgido sin el estrato protector de un orden por dominación que es el Estado titular de la soberanía política. Sin el Estado no hay mercado y, por ello, el proceso de modernización política ha consistido, de hecho, en la construcción de Estados, primero en Europa, después en América, más tarde en el resto del planeta. La forma de la modernidad política es la estatalidad. Y sin esa racionalidad política no se da la racionalidad económica, utilizando el término en el sentido que le diera Weber.

Ahora bien, ni el orden por dominación que es el Estado ni el orden por concurrencia que es el mercado se bastan a sí mismos. El primero plantea el problema de su legitimidad, cuyas soluciones el propio Weber sintetizara en una genial y famosa trilogía. Pero si la legitimidad carismática y la legitimidad tradicional subsisten por sí, la legitimidad legal-racional propia del Estado moderno requiere, a su vez, otra instancia legitimadora capaz de convertir la voluntad de la mayoría en voluntad general y el mando de algunos en representación de la totalidad. Y, a su vez, el mercado, esto es, la concurrencia, requiere una instancia que ponga límites y modere el conflicto, de manera que el combate entre enemigos se convierta en certamen amistoso. Precisamente lo que Cicerón denominaba «concordia». Sin esa concordia básica no existe posible concurrencia en lo económico tanto como en lo social o en lo político. Así la democracia pluralista sólo es posible en un marco nacional previo. Sólo sobre esa base y la solidaridad y homogeneidad fundamental que implica es posible la democracia. Cuando todos se sienten miembros de un solo cuerpo la mayoría representa a la minoría y ésta se sabe representada por aquélla. Cuando dicha solidaridad y homogeneidad básica no se da, la democracia no decanta una voluntad que pueda calificarse de general sino que provoca la secesión. Así lo demuestra la experiencia reciente de aquellas comunidades nacionales homogéneas donde la democratización ha provocado un proceso de «recuperación de la identidad nacional» (casos de Hungría y Polonia), esto es, una más intensa integración y, *a sensu contrario*,

de aquellas otras donde la democratización ha llevado a la secesión (casos de URSS, Yugoslavia y Checoslovaquia).

De ahí que la modernidad suponga, junto al orden por dominación que es el Estado y el orden por concurrencia que es el mercado, lo que Javier Conde llamó un tercer orden por comunión que legitima el primero y posibilita el segundo. Y ese orden por comunión que es el cuerpo político, el *body politic* de los anglosajones, es hoy día la Nación. Por ello la modernidad es nacional y, políticamente, la modernización del mundo ha consistido en la sustitución de los imperios por las naciones. Rupert Emerson dedicó a la cuestión una obra para mí seminal y, a la vez, difícilmente superable: *From Empire to Nations* (Cambridge, Mass., 1960).

Para comenzar, *el nacionalismo es una reacción frente a la erosión de la sociedad tradicional*. Más aún, cuando ésta se ve por primera vez amenazada, reacciona en términos no nacionalistas, sino casticistas, y es sólo al entrar en quiebra sus estructuras fundamentales cuando aparece el nacionalismo. Así, por ejemplo, no hay nacionalismo alemán propiamente dicho hasta la desaparición de la venerable estructura imperial a través de la experiencia napoleónica, el moderno nacionalismo francés surge con la ruptura de la sociedad tradicional a lo largo del Segundo Imperio que tantas nostalgias provocara en Renan y, para buscar ejemplos más remotos, el nacionalismo indio es fruto de la modernización provocada por el Raj británico y el negro africano es producto de las revoluciones que la explotación colonial supone. Es el cacao el que mata la familia, decían en Gahane, lo que ha permitido que, frente a las viejas solidaridades tribales, se afirme la nueva solidaridad nacional. La modernización destruye un tipo de sociedad y desenraíza; la nación y su motor el nacionalismo proporcionan una nueva forma de identificación colectiva y de legitimación de la autoridad.

Tal vez ésta sea una de las claves para explicar la anomalía española, donde sólo en las regiones más tempranamente modernizadas, sobre todo Cataluña, surge una conciencia nacionalista, mientras que no existe un nacionalismo gran español. La «patria mayor» que propugnara, por ejemplo, un conservador regeneracionista como Sánchez de Toca, carecía de la base social que, por el contrario, sí tenían los furores agraristas de la meseta castellana.

Por eso, en segundo lugar, el nacionalismo, aun cuando puede recurrir a símbolos del pasado, no es arcaizante e, incluso, su utilización de la tradición supone, en expresión de Hobsbawm, una «invención

de la tradición». Los nacionalistas alemanes o franceses –**ni** siquiera Maurras– no querían una vuelta al Antiguo Régimen, los nacionalistas chinos destruyeron el régimen imperial para salvar a China del peligro extranjero, el nacionalismo indio nada tiene que ver con el motín de los cipayos de 1851 ni el gahanés con la resistencia de los jefes ashanti en la Costa de Oro. Al contrario, todos *los nacionalismos suponen un proceso de identificación con un modelo exterior que se estima mejor* y ello supone la antítesis del casticismo.

ASÍ, en la génesis del nacionalismo alemán puede distinguirse una línea de identificación con Gran Bretaña y de recepción de su pensamiento conservador –**de** ahí la gran influencia de Burke sobre el romanticismo político prenacionalista alemán– y otra línea de identificación con la Francia napoleónica y recepción de sus valores. El proceso es aún más claro en el nacionalismo francés posterior a 1870 que toma como modelo la Alemania bismarkiana, como revelan los nombres de Taine y de Renan entre otros. «La reforma moral e intelectual de Francia» sería un proceso de identificación con lo que se estima mejor aun siendo exterior. Y todo el nacionalismo americano, asiático y africano es fruto de la recepción de los valores occidentales. Los Meiji, Sun-Yat-Sen, Ataturk, Nehru, Ho-Chi-Min o Senghor, desde muy diferentes perspectivas, son modernizadores y occidentalizadores –**por** que el marxismo también lo **es**– no casticistas. Como ha señalado el gran Díez del Corral el nacionalismo extraeuropeo es fruto de una «Europa raptada».

Volviendo al caso español, cabe señalar que el fracaso político de la llamada generación del 98 y su derivación esteticista se puede atribuir a su excesivo casticismo. Los verdaderos nacionalistas son los que de una u otra manera tomaron, desde entonces, a «Europa como nivel», empezando por la ciencia.

Por último, *el nacionalismo es un agente de modernización política*, al menos, en tres planos. Primero, porque *racionaliza el poder* y la política en general al reconducidos a la Nación como última instancia. La trascendencia de lo sagrado, la ejemplaridad del carisma, el peso de la tradición, todo eso, si no se niega, se subsume en la Nación, instancia inmanente histórica y empírica.

Segundo, porque *democratiza el poder al legitimarlo* sobre una base estrictamente nacional. Sin duda podrá haber formas nacionales escasamente democráticas. Pero su carácter nacional ya es un paso por la vía de la democratización. Sin duda, el checo Palacky no era un

demócrata, pero su reivindicación de los derechos de Bohemia, como entidad histórica, frente a la autoridad imperial, sí suponía legitimar el poder sobre una base comunitaria que, a su vez, ofrecía el marco para una ulterior democratización. Y los ejemplos podrían multiplicarse. Por eso el nacionalismo aparece en Europa vinculado al liberalismo como afirmación de los derechos ciudadanos, entre otros, el de legitimar el poder y participar en él. Y, por doquier, en Europa y fuera de ella, la dinámica nacionalista ha sido profundamente igualitarista y anti-aristocratizante. A demostrarlo empíricamente dediqué un largo capítulo de mi ya vieja tesis doctoral titulada *Nacionalismo y Constitucionalismo* (Madrid, 1971).

Tercero, el nacionalismo, al acentuar la integración de un cuerpo político, la Nación, reclama la igualdad de todos sus miembros y la solidaridad entre todos ellos. Las jerarquías políticas y sociales se diluyen en una sola comunidad nacional y la pertenencia a ésta da títulos para exigir no ser marginado por el juego libre de la concurrencia. De ahí *el efecto necesariamente socializador del nacionalismo* y su oposición a un liberalismo radical. No se trata de proteccionismo, sino de que ciertos bienes públicos, más aún, ciertos valores y, desde luego, la propia identidad nacional y lo que para su salvaguarda sea necesario, quedan más allá de la oferta y la demanda.

¿Acaso esa identidad es una mera peculiaridad cultural? ¿Serán las naciones meras etnias del museo gigante de la historia humana? Probablemente ése es el planteamiento postmoderno de la cuestión, puesto que multiculturalismo y comunitarismo son formas políticas de esa concepción del mundo como espectáculo, juego y aun pastiche. Pero lo que se ha entendido y aun se entiende por modernidad y modernización requiere concebir las naciones no como peculiaridades culturales, sino como formas de integración política, esto es, aquéllas que justifican y agotan el vivir colectivo. Las que dan sentido a ese gran y permanente existencial que es el vivir-con-los-otros.